

SOBRE EL TOTALITARISMO

SIMONE WEIL

SOBRE EL TOTALITARISMO

ENSAYOS ESCOGIDOS

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales:

«Premières impressions d'Allemagne»,
«Impressions d'Allemagne (août et septembre).
L'Allemagne en attente», «Les événements d'Allemagne.
La grève des transports de Berlin. Les élections»,
«La situation en Allemagne», «Sur la situation en Allemagne.
Quelques remarques sur la réponse de la M.O.R.»,
«Réflexions concernant la technocratie, le national-socialisme,
l'URSS et quelques autres points», «La patrie internationale
des travailleurs», «Le rôle de l'URSS dans la politique mondiale»,
«Perspectives. Allons-nous vers la révolution prolétarienne?»,
«Le problème de l'URSS?», «Ne recommençons pas la guerre
de Troie», «Méditation sur l'obéissance et la liberté»
y «Quelques réflexions sur les origines
de l'hitlérisme»

© de la traducción, Luis González Castro, 2024
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: septiembre de 2024

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-128187-3-4
Depósito legal: C-926-2024

ÍNDICE

Prólogo del editor	9
SOBRE EL TOTALITARISMO	17
1. Primeras impresiones de Alemania	19
2. Alemania, a la espera	23
3. La huelga de transportes en Berlín y las elecciones	49
4. La situación en Alemania	55
5. Sobre la situación en Alemania. Algunas observaciones a la respuesta de la MOR	125
6. Reflexiones sobre la tecnocracia, el nacionalsocialismo, la URSS y algunos otros asuntos	133
7. La patria internacional de los trabajadores	139
8. El papel de la URSS en la política mundial	143
9. Perspectivas. ¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?	151
10. El problema de la URSS	183
11. No empecemos otra vez la guerra de Troya	189

12. Meditación sobre la obediencia y la libertad	213
13. Algunas reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo	223
Cronología	297
Índice onomástico	303

PRÓLOGO DEL EDITOR

[Un] admirable ejemplo de la sangrienta absurdidad [que nos rodea] es la oposición entre fascismo y comunismo. El hecho de que tal oposición suponga para nosotros hoy una doble amenaza, la de guerra civil y guerra mundial, es quizá el síntoma más grave de deficiencia intelectual entre todos los que podemos percibir a nuestro alrededor. Porque si examinamos el significado que hoy tienen los términos *fascismo* y *comunismo*, encontramos dos concepciones políticas y sociales casi idénticas. En ambos casos se da el mismo control del Estado sobre casi todas las formas de vida individual y social; la misma militarización frenética; la misma unanimidad artificial, obtenida por la fuerza, en beneficio de un partido único que se confunde con el Estado y se define por esta confusión; el mismo régimen de servidumbre impuesto por el Estado a las masas trabajadoras, en lugar del clásico trabajo asalariado. No hay dos naciones más similares en estructura que Alemania y Rusia, que se amenazan mutuamente con una cruzada internacional y fingen cada una tomar a la otra por la Bestia del Apocalipsis. Por eso podemos afirmar con seguridad que la oposición entre fascismo y comunismo no tiene ningún sentido.

SIMONE WEIL,

No empecemos otra vez la guerra de Troya

Durante el verano de 1932, se formaban frecuentemente en las calles de Berlín pequeñas multitudes en torno a dos trabajadores, o dos pequeñoburgueses, el uno comunista y el otro nazi, que discutían entre ellos; y siempre, al cabo de un rato, ambos se daban cuenta de que defendían rigurosamente el mismo programa, y esta constatación les pro-

ducía vértigo, pero aumentaba más aún en cada uno de ellos el odio al adversario, quien era un enemigo tan esencial que seguía siendo enemigo aunque manifestase las mismas ideas.

Ibid.

El presente volumen reúne por primera vez los principales escritos que Simone Weil dedicó al fenómeno del totalitarismo en la década de 1930, tras su viaje a la Alemania de los últimos días de la República de Weimar y su posterior participación en la guerra civil española.

Con extraordinaria lucidez, la autora percibe de inmediato las afinidades entre el nazismo y el bolchevismo, y complementa sus reflexiones sobre la Alemania nazi y la URSS con un análisis de los orígenes del totalitarismo.

La obra se inicia con una serie de escritos dedicados a la mencionada Alemania del funesto periodo de 1932-1933, es decir, la de los últimos días de la República de Weimar y del comienzo del Tercer Reich, en la que Simone Weil pasó casi dos meses, alojada en casa de una familia obrera. La autora llega a Berlín en agosto de 1932, después de que en las elecciones federales de julio el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) se convirtiera por primera vez en la fuerza más votada, aunque su porcentaje de voto (37%) y sus 230 escaños le dejan todavía lejos de la mayoría absoluta. Meses después tienen lugar las octavas elecciones parlamentarias de la República de Weimar, celebradas el 6 de noviembre, en las que, a pesar de perder votos, el Partido Nacionalsocialista vuelve a ser la primera fuerza. Se trata de las últimas elecciones limpias y libres antes de que los nazis se hagan con el poder en enero de 1933, cuando el presidente Hindenburg nombra

canciller a Adolf Hitler y comienza el periodo conocido como Tercer Reich.

Cinco son los escritos aquí incluidos que la autora dedica a este periodo: «Primeras impresiones de Alemania», «Alemania, a la espera», «La huelga de transportes en Berlín y las elecciones», «La situación en Alemania» y «Sobre la situación en Alemania. Algunas observaciones a la respuesta de la MOR».

A continuación ofrecemos varios ensayos escritos también en el año 1933, centrados en la crítica a los marxistas y el comunismo, en especial a los partidos comunistas nacionales, la Internacional Comunista y la URSS. En ellos, Weil denuncia la opresión totalitaria ejercida por el aparato de Estado ruso, así como la ceguera, la hipocresía y las mentiras al respecto en Occidente. Los textos son los siguientes: «Reflexiones sobre la tecnocracia, el nacionalsocialismo, la URSS y algunos otros asuntos», «La patria internacional de los trabajadores», «El papel de la URSS en la política mundial», «Perspectivas. ¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?» y «El problema de la URSS».

Le siguen dos ensayos de la primavera de 1937, escritos después de la breve participación de la autora en la guerra civil española —Weil había cruzado la frontera en agosto de 1936 y se había unido a la Columna Durruti en el Frente de Aragón—. Dichos ensayos son «No empecemos otra vez la guerra de Troya» y «Meditación sobre la obediencia y la libertad».

La obra se cierra con «Algunas reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo», escrito en 1939 y 1940, cuando ya ha comenzado la Segunda Guerra Mundial pero Francia todavía no ha caído bajo dominio alemán. En este último ensayo, la autora ubica los orígenes del totalitarismo en el

surgimiento del Estado centralizado de la Edad Moderna y, sobre todo, en la Roma antigua:

Se afirma que Napoleón propagó, con las armas en la mano, las ideas de libertad e igualdad de la Revolución francesa; pero lo que propagó principalmente fue la idea del Estado centralizado, el Estado como única fuente de autoridad y objeto exclusivo de devoción; el Estado concebido de este modo, inventado por así decirlo por Richelieu, perfeccionado por Luis XIV, llevado un punto aún más alto de perfección por la Revolución y después por Napoleón, ha encontrado hoy su forma suprema en Alemania. Ahora nos horroriza, y con razón; pero no olvidemos que procede de nosotros.¹

La analogía entre el sistema hitleriano y la antigua Roma es tan llamativa que se podría pensar que, en los últimos dos mil años, solo Hitler ha sido capaz de copiar correctamente a los romanos. [...]

Los romanos conquistaron el mundo mediante la seriedad, la disciplina, la organización, la continuidad de su visión y sus métodos; mediante la convicción de que eran una raza superior, nacida para mandar; mediante el uso meditado, calculado y metódico de la crueldad más despiadada, de la perfidia más fría y de la propaganda más hipócrita, empleadas simultánea o sucesivamente; mediante una determinación inquebrantable de sacrificarlo siempre todo por el prestigio, sin ser nunca sensibles al peligro, a la piedad o a cualquier respeto humano; mediante el arte de doblegar el alma misma de sus adversarios recurriendo al terror, o de adormecerlos dándoles esperanza, antes de esclavizarlos

1. Véase, más adelante, p. 227.

con las armas; y, por último, mediante un manejo sumamente hábil de la más burda de las mentiras que han engañado incluso a la posteridad y que nos siguen engañando aún. ¿Quién no reconoce estos rasgos?²

Y más adelante Weil nos ofrece pasajes sumamente premonitorios:

Podemos imaginar varios desenlaces posibles de esta guerra, suponiendo que Alemania sufra una derrota mayor o menor. Europa podría regresar a una situación poco diferente de aquella en la que se encontraba, por ejemplo, en 1930; los pueblos podrían entonces respirar, pero sin duda no por mucho tiempo. El continente podría caer, por agotamiento, en un desorden difuso y sangriento del que Rusia quizá se beneficiase; el resultado sería entonces impredecible. La correlación de fuerzas puede cambiar de tal manera que el poder de Alemania se vea aplastado durante mucho tiempo por el de las naciones victoriosas; tal vez no hay muchas probabilidades de ello, pero debe contemplarse la posibilidad, puesto que son muchos los que exigen en voz alta unas condiciones de paz que impliquen un aplastamiento duradero de Alemania. Como afortunadamente es imposible exterminar a todo el pueblo alemán, o incluso a una parte considerable del mismo, tal aplastamiento presupone una coacción impuesta en el momento de la victoria y mantenida durante largo tiempo. [...]

Es infinitamente deseable, sin embargo, que la nación alemana sea desmembrada, pero con la condición de que ese desmembramiento, incluso si se realiza por la fuerza, no se mantenga mediante la fuerza. Esto solo es posible en

2. Pp. 241-242.

un caso, a saber, si los vencedores, suponiendo que estemos destinados a serlo, aceptan para sí mismos la transformación impuesta al vencido. Mientras los hombres no tengan entre sí más vínculos que los que pasan por el Estado, los Estados seguirán organizando sistemática y periódicamente la masacre mutua de sus súbditos, sin que ninguna presión de la opinión pública, ningún esfuerzo de buena voluntad, ninguna combinación internacional puedan impedir semejante destino.³

Muy pocos pensadores han abordado el horror político y la complejidad ética del siglo xx con la perspicacia y la integridad intelectual de Simone Weil. Sus palabras, marcadas por el compromiso con la justicia, los derechos y las obligaciones del ser humano, la convierten en una referencia ineludible en nuestro presente: «El único gran espíritu de nuestro tiempo», dijo de ella Albert Camus; «La conciencia más lúcida de nuestra época», según Giorgio Agamben.

En la esta edición, ofrecemos al lector una nueva traducción al español de los textos de la autora. Las notas al pie, salvo allí donde se indica lo contrario, son del traductor.

3. Véase, más adelante, pp. 293-294.

SOBRE EL TOTALITARISMO

I
PRIMERAS IMPRESIONES DE ALEMANIA¹
(Agosto de 1932)

Todo parece en calma desde el punto de vista político. Hay menos desasosiego aquí por los acontecimientos alemanes que en París. Apenas se ven algunos nazis de uniforme por la calle, y se comportan como todo el mundo. Leemos en los periódicos de la mañana que ha habido algunos atentados aquí y allá, casi con el mismo estado de ánimo con el que leemos que ha habido accidentes de tráfico. Los periódicos enemigos no se confrontan en el metro. No se discute sobre política.

Para los trabajadores, la cuestión sin resolver es la *Arbeitsdienst*,² los campos de concentración para parados que existen actualmente en forma de campos a los que la gente puede ir voluntariamente (por 10 *pfennigs* a la semana), pero que se convertirían en obligatorios bajo un gobierno de Hitler. De momento, solo los más desesperados van allí. Cuesta imaginar a esta maravillosa juventud obrera de Alemania, que practica deporte y hace que sus hijos lo practiquen, que va de acampada, canta y lee, reducida a este régimen militar.

1. Publicado originalmente en *La Révolution prolétarienne*, n.º 134, 25 de agosto de 1932.

2. Prestación laboral, servicio de trabajo.

Otra cuestión es no ya la prohibición del Partido Comunista, sino la masacre sistemática de sus mejores miembros. Los periódicos nazis están llenos de llamamientos al asesinato y dicen abiertamente: «No debemos ponernos nerviosos ahora (es decir, no debemos cometer atentados); esperemos a tener el poder». Los obreros simplemente esperan el momento en que todo se les venga encima. La propia lentitud del proceso aumenta la desmoralización. No falta valor, pero no se presentan ocasiones de luchar.

La ideología nazi es sorprendentemente contagiosa, sobre todo en el Partido Comunista. Hace poco, los nazis protestaron airadamente porque una «judía marxista» (Clara Zetkin) iba a presidir la sesión inaugural del Reichstag.³ A lo que el *Welt am Abend* (periódico no oficial del Partido Comunista) respondió: en primer lugar, Clara Zetkin no es judía. Además, si lo fuera, ello no importaría. ¡Rosa Luxemburgo, a pesar de ser judía, era una «*ehrliche Person*» (una persona honesta)!... En cuanto al nacionalismo, el Partido Comunista está (al parecer) increíblemente impregnado de él; por ejemplo, llama a los socialdemócratas «*Landesverräter*» (*traidores a la patria*).

Mi impresión hasta ahora es que los obreros alemanes no están en absoluto dispuestos a rendirse, pero que son incapaces de luchar. Los comunistas y los socialdemócratas se acusan mutuamente: dicen (y con razón) que el partido contrario no merece ninguna confianza, y esto lo hacen incluso los militantes de base más honestos (por ejemplo, el obrero comunista en cuya casa me alojé, quien está en contra del frente único). Esta división se agrava debido a que los comunistas están en paro, mientras que los socialdemócratas tienen trabajo. A lo que hay que añadir que quie-

3. El Parlamento.

nes llevan dos, tres, cuatro o cinco años en paro ya no albergan la energía necesaria para una revolución... Los jóvenes que no han trabajado nunca, cansados de los reproches de sus padres, se suicidan o se convierten en vagabundos, o se desmoralizan por completo. Se ve a niños que están espantosamente delgados, a gente que canta de manera lastimosa en los patios, etc. Por otra parte, este terrible asunto de los campos de concentración para parados no afecta a los obreros que trabajan —e incluso entre los parados, este régimen de esclavitud militar es probablemente el único que pueden soportar los más desmoralizados—. [...] En cambio, quienes se dedican al deporte, a la propaganda política, etc., no podrán soportarlo. Pero es de temer que luchen solos y sean exterminados...